

con la silueta de la noria del tío Roque, y le pareció que aquel armatoste viejo y carcomido era una mancha para su deslumbradora finca.

Tal vez si María le hubiese sonreído, la noria hubiera tomado aspecto menos vergonzoso en la imaginación de José. Pero, después de la ofensa que aquella muchachuela loca le había inferido, la rueda de la noria era un espantajo grosero que quitaba dignidad á su finca.

Decididamente le compraría el huerto al tío Roque para darse el gustazo de prenderle fuego y reducirlo todo á cenizas. Comenzaba á tener caprichos de rico.

Y aquella noche, mientras dormitaba en su alcoba, cuyo pavimento era de mármol y cuyo techo era de oro, le pareció que el viento le traía carcajadas y risas: las quejas de la carcomida noria del tío Roque.

* *

Así pasaron los meses. José hubiera sido completamente feliz en su palacio si aquella mancha negruzca que se veía en las últimas lindes de su finca no hubiese llevado la tristeza á su corazón.

—¡Qué lástima,—decía,—que el tío Roque sea tan imbécil que no quiera vender su finca! Esa noria me entristece: parece un espectro que me acusa, una mancha de aceite en vestido de boda.

Y la verdad es que, ya estuviere en el bosque, ya en el coto, en el jardín ó en el palacio, José no acertaba á mirar á parte alguna más que al huerto del tío Roque. Aquellas maderas sucias tenían para José la atracción de lo horrible. Ni en sueños podía dejar de verlas.

—¿Por qué no le pediría yo al genio de las montañas,—pensaba,—que hundiese en el abismo el huerto del tío Roque? ¡Qué torpe fui! Eso es lo único que me amarga la vida.

Á veces examinaba su situación actual y no podía menos de felicitarse. Tenía cuanto deseó y más: mujeres que bebían en sus ojos la felicidad, riquezas bastantes para satisfacer todos sus caprichos, una cocina repleta, exquisita, cuidada; la bodega repleta de vinos generosos, las cuadras llenas de caballos, cien coches en la cochera... Pero ¡aquella maldita noria!

—¿Quiere V. veinte mil duros por la noria sola, tío Roque?—le había dicho una tarde que lo encontró de retorno de las viñas.

—No.

—Cien mil duros.

—Ni cien mil veces cien mil. No la vendo. Junto á

ella conocí á mi mujer y junto á ella nació mi hija María. Tiene para mí recuerdos que no se borran, y esperanzas de dicha que no es fácil desechar.

—Arránquela V. de donde está y guárdela en casa. Doy por este servicio el mismo dinero.

—¡Imposible! Me agrada ver sus maderos pintados de brea y sus arcabuces desportillados. Cuando en las tardes de estío duermo la siesta á su sombra, se me figura que el tiempo no ha pasado y que mi mujer, mi pobre mujer, ha de venir gallarda y hermosa á llenar su cántaro de agua y mi corazón de felicidad. Ya ha muerto, pero la noria me la recuerda viva, joven, enamorada. Por eso no la vendo, ni la quito, ni la destruyo. El dinero no es la dicha.

Y el tío Roque, después de decir estas palabras, se alejó con la azada al hombro, serio y grave, como un hombre que sabe que ha cumplido con su deber.

—¡No me quieres vender esa rueda maldita!—exclamó José.—Yo diré al genio de las montañas que la destruya.

* *

José fué aquella noche á la fuente de las estalactitas y de los juncos, y pidió á los rumores del agua, al brillo de las estrellas que fulguraban en las alturas, á los ecos del monte, que dijiesen á su protector que necesitaba de él.

—¿Qué quieres?—dijo la voz del genio de las montañas.

—Estoy triste. Me has engañado, no soy feliz,—dijo José.

—¿Cómo es eso? ¿Qué te pasa?

—Me pasa que la noria del tío Roque me entristece, y quisiera que la destruyeses. Yo te lo pido por lo que más quieras.

—¡Imposible! Eso es una necesidad. Yo no lo puedo hacer.

—Haz un esfuerzo. Si no destruyes ese vil armatoste, no seré feliz.

—¡Miserable! Pasabas una vida aperreada é inmunda, trabajando siempre, mal dormido y mal comido; y yo, compadecido de ti, te di cuanto deseabas; ¡y ahora quieres que yo amargue la vida de un hombre por un nuevo capricho tuyo! ¡Eal! ¡Todo ha concluido! ¡Eres indigno de mi protección! ¡Vuelve á ser cazador furtivo!

El genio hizo un signo con su varita, y José cayó al suelo desmayado al ver desaparecer su palacio y hundirse en la tierra el bosque y el río, el jardín y la huerta.

Cuando tornó á la vida estaba junto á la fuente, abrazado á la escopeta; y la liebre, erguida sobre una piedra, le llamaba con el movimiento de sus patas de lanternas.

—¡Ah, pícara!—dijo.—Tú tienes la culpa de todo. ¡No te escaparás!

Y requiriendo el arma disparó; pero la liebre corría, corría con las patas extendidas, el vientre rozando el suelo y las orejas caídas sobre el lomo.

—¡Ah!—dijo filosóficamente José.—¡Cuanto más cerca tenemos la dicha más pronto huye! ¡Qué necios somos los hombres!

II

En Orrio, merindad de Durango, en Vizcaya, había un cura, gran aficionado á la caza. Teníase en aquellos contornos por el primer tirador, fama justamente



Un aldeano alborozado

alcanzada y que él procuraba conservar como el más glorioso de sus timbres.

Decían malas lenguas (pues nunca faltan) que el cura era más devoto de la escopeta que de los Evangelios, y que, más que piadoso pastor de aquel reducido rebaño de fieles podía tenerse por un cazador de oficio que en los ratos perdidos oficiaba la misa, bendecía á los muertos, bautizaba á los recién nacidos y leía la epístola de San Pablo á los enamorados.

Pero nuestro presbítero era un filósofo un tanto desprecupado, y otro tanto amigo de satisfacer sus gustos, sin importarle un comino las murmuraciones del hormiguero humano que le rodeaba.

Todas las mañanas decía la misa de alba con la rápida ligereza del que desea terminar pronto. Su ama le esperaba á la puerta de la sacristía con el morral y

la escopeta, cambiaba la sotana por un chaquetón de paño burdo, el bonete por un hongo, y soltando un silbido poco evangélico acudía un hermoso galgo de su propiedad y saltaba alegre y feliz encaminándose á los cercanos bosques, hambriento de matar. (1)

Un día le arrancó por delante una liebre grande como un podenco y negra como un cuervo.

El cura, asombrado ante aquel hermoso animal, lanzó un grito para detenerle en la carrera, y disparó su escopeta. La liebre, que había salido incólume de los plomos, siguió corriendo, y el galgo detrás de ella *latiendo*, sin poderle dar alcance en una hora que duró la persecución, hasta que cayó rendido por la fatiga, mirando á su amo con tristes ojos.

(1) Cuentos de caza, de Pérez Escrich, de su obra *La Mancha*.

Mordiéndose el presbítero las manos, se dió un par de cachetes, se llamó torpe, tiró al suelo la escopeta, dió un puntapié injusto al perro, y regresó á su casa mohino y cejijunto.

Al día siguiente salió del pueblo con la esperanza, que nunca abandona al buen aficionado, de encontrar la liebre; y, efectivamente, en el mismo sitio saltó el hermoso herviboro. El cura se afianzó bien la escopeta-afinó la puntería, llenóse el ojo de carne y disparó; pero ¡oh asombro incomprensible!... al disiparse el humo vió que la liebre continuaba corriendo, y el galgo detrás sin poder alcanzarla con sus dentelladas.

Esto era absurdo tratándose de un tirador tan famoso. El cura se puso lívido, desencajado; los ojos saltaban de sus órbitas, su boca despedía espuma de rabia, y, levantando las manos al cielo en son de amenaza, exclamó con acento balbuciente por la ira:

—Juro, por la corona que llevo en la cabeza, que he de matar esa pícara liebre, aunque tenga que tirarle sobre el altar mayor y dejarme el sagrado cáliz estando oficiando el Santo Sacrificio de la Misa.

Apénas había pronunciado este sacrilego juramento, oyó una espantosa carcajada, cuyo eco fué repitiéndose de barranco en barranco, perdiéndose, al fin, como un gemido, entre las quebraduras de las rocas y las movibles ramas de los árboles.

El cura sintió, que su frente se inundaba de sudor, que temblaba su cuerpo y se le erizaban los cabellos; pero haciendo un esfuerzo fingió un movimiento de indiferencia con los hombros y regresó á su casa.

Nada dijo ni habló con nadie. La liebre le tenía preocupado; y es fama que aquella noche, al cerrar los ojos al sueño, vió la liebre parada á los pies de su cama, que puesta de *bolo* la miraba sonriéndose, y, lo que es más, abrió tres veces la boca para decirle con un acento que nada tenía de humano:—¡Sacrilego!... ¡Sacrilego!... ¡Sacrilego!

El cura despertó aterrado. Comenzaba á clarear el día, y encaminóse hacia la iglesia, mandando al sacristán que tocara á misa.

Comenzó el Santo Sacrificio. Era domingo y la iglesia estaba llena de fieles. Después de haber recibido con la Sagrada Hostia el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y cuando se disponía á levantar el cáliz para decir: *¿Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi?*, el monaguillo le dijo en voz baja:

—Padre: el ama está en la sacristía, y dice que le diga á V. que delante de la puerta de su casa se halla parada una hermosa liebre negra.

El cura se estremeció al oír estas palabras, dejó sobre

el altar el santo cáliz que iba á llevarse á los labios, y con gran asombro de sus feligreses salió corriendo del templo y llegó á su casa. Efectivamente, allí estaba la liebre puesta de *bolo* sobre una piedra, mientras que el galgo aullando y saltando en derredor de ella como un espíritu malo, no se atrevió á cogerla.

El cura exhaló un grito de gozo, cogió la escopeta y disparó sobre la liebre casi á boca de jarro.

La liebre dió tres saltos y fué á colocarse á cien pasos de distancia. El perro siguió á la liebre; y el cura, soltando una blasfemia, cargó, lleno de rabia, la escopeta.

Al apuntarla por segunda vez, observó que la liebre había crecido un doble, como si la hubieran hinchado, y que los ojos brillaban lo mismo que dos ascuas de fuego.

Disparó, y la liebre, de tres saltos, fué á colocarse á la entrada del bosque; pero el cura vió con espanto que el infernal mamífero roedor aumentaba de un modo enorme, apareciendo á sus ojos del tamaño de un jabalí.

Entonces un temblor convulsivo se apoderó del cuerpo del sacerdote; le zumbaron los oídos, latieron sus sienes de un modo violento, como si fuera á estallar su cráneo, y un copioso sudor inundó su rostro.

El horrible animal parecía reirse de él, y, puesto de *bolo* junto á un chaparro, le miraba con ojos llameantes.

El cura hizo un esfuerzo violento como para recobrar su serenidad; cargó la escopeta, murmuró en voz baja algunas palabras ininteligibles, y volvió á disparar sobre la liebre, que, como siempre, salió ilesa de los mortíferos plomos, y dando saltos fué á colocarse cien metros más lejos.

El cura levantó los ojos al cielo, pronunciando una blasfemia. El vértigo comenzaba á apoderarse de él.

—He de matarte,—dijo,—aunque para conseguirlo me vea precisado á perseguirte hasta el centro del infierno.

Un trueno espantoso resonó en el éter. Negras y espesas nubes encapotaron el cielo. El huracán desencadenado extendió sus aterradores mugidos por los barrancos, y las ramas de las robustas encinas se doblaron ante su empuje hasta rasgarse.

El perro, mientras tanto, desobedeciendo los mandatos de su amo, que le instaba para que se lanzara sobre la liebre, con el espinazo arqueado, el rabo caído, el pelo erizado y buscando un refugio á los pies del cura, lanzaba tristes y prolongados gemidos que repetían téticamente mil ecos del bosque.

El cuadro era aterrador como la realidad de una espantosa pesadilla. La tierra, los árboles, el cielo, todo

se estremecía: sólo la liebre estaba impasible como una roca en medio de aquel desconcierto general.

Convencido el cazador de que aquella liebre era invulnerable á los plomos de la escopeta, arrojó lejos de sí el arma de fuego, armó su diestra de un cuchillo y avanzó receloso, despreciando el ronco fragor de los truenos, el tético silbido del huracán y los tristes aullidos de su perro.

La liebre no se movía. Una esperanza brotó en el alma del cazador: llegar hasta ella y herirla con la mano vigorosa.

Su amor propio de cazador estaba empeñado de un modo tenaz en matar á la liebre: hubiera dado su vida por salir triunfante en aquella empresa.

Siguió avanzando, y, aunque la liebre no se movía del sitio, él no llegaba nunca.

El perro, redoblando sus siniestros aullidos, se interponía entre el animal y su amo; el trueno era cada vez más espantoso, y el soplo devastador del huracán arrancaba las jaras y los chaparros del monte, despidiéndolos á fabulosa altura.

Por fin, llegó el cazador donde se hallaba la liebre. Lanzó un grito de gozo, la cogió con la mano izquierda por una oreja, y, levantando la derecha armada del cuchillo, descargó un terrible golpe.

La hoja del cuchillo resbaló, sin herir, por el lomo de la liebre; pero de cada uno de sus pelos brotó una chispa de luz siniestra que inundó de téticos resplandores el bosque.

Entonces sucedió una cosa extraña, aterradora. La liebre fué creciendo... creciendo... hasta adquirir el tamaño de un elefante; sus brazos se convirtieron en dos enormes alas, y de sus ojos brotaron dos chorros de fuego que incendiaron instantáneamente el bosque.

El cazador quedó aterrado. Un temblor convulsivo agitó su cuerpo, el pánico se apoderó de su alma, y agarróse desesperadamente de las orejas de la liebre para no caerse.

La liebre extendió las alas y se elevó rápidamente sobre aquel mar de fuego que la rodeaba, llevando al cazador sacrilego á caballo sobre su cuello, y al perro de pie y aullando sobre sus lomos.

El cura, entonces, cerrando los ojos, invocó el santo

nombre de Dios, y, en medio de espantoso concierto de aquella naturaleza desencajada por el soplo del averno, oyóse una voz que decía:—¡Ya es tarde!

La liebre, el cazador y el perro desaparecieron en



Un tiro entre el follaje

medio de los remolinos de fuego, con la rapidez vertiginosa del huracán.

Poco después la desquiciada naturaleza fué reobrando su armonía poética; las nubes se disiparon, el huracán se durmió en las concavidades de las rocas; el Sol, hermoso y brillante, apareció en el azulado cielo; la

atmósfera, pura y trasparente, derramó por el espacio el perfume religioso de los campos; y los pájaros, desde las verdes y movibles tiendas que les ofrecen los árboles, entonaron himnos de amor al Padre de lo creado.

Mientras tanto los sencillos moradores del Orrio buscaban por todas partes, con creciente afán, al párroco y á su perro; pero ¡ay! todo fué inútil: sólo se encontraron en el bosque la escopeta, el cuchillo de monte y el sombrero; y, cansados de recorrer inútilmente aquellas cercanías, regresaron al pueblo, y arrodillándose al pie del altar pidieron á Dios, con fervoroso labio, que les devolviera su pastor.

Pasó un día, una semana, un mes, un año. El cura no volvió jamás; pero es fama que todas las noches, á las doce, aquellos sencillos vizcaínos oyen aullar un perro á la entrada del bosque, y haciendo la señal de la cruz sobre la frente se dicen en voz baja:

—Es el galgo blanco del señor cura, que se perdió, y que aun persigue en el bosque á la liebre negra.

III

Esopo, Cervantes, Samaniego, y otros muchos escritores eminentes, hicieron hablar á los animales, y... ¡oh poder mágico del genio! los hicieron hablar con más gracia, más filosofía y más entendimiento que hablan la generalidad de los hombres.

Seguir buenos ejemplos es doctrina provechosa en este valle de lágrimas; y como la palabra es el verbo divino para expresar las pasiones, las alegrías y los pesares entre los racionales, yo, que á ellos me dirijo, voy á hacer hablar á una honrada familia de conejos.

El presente artículo es un acto de conciencia que descargo sobre el papel. He hecho dar la *voltereta mortal* á muchos miles de conejos; he presenciado todas las variadas fases que representa la muerte de los mamíferos roedores del género liebre, viéndoles estirar la *pata* de cien diversos modos; y si la trasmigración de las almas es cierta, como afirma Braemán en la India y Pitágoras en Grecia; si cuando el alma queda libre de los lazos de la *materia* reposa un poco en el seno de la muerte, yendo á animar después el cuerpo de un hombre ó un animal hasta su perfecta purificación; aseguro á ustedes que si algún día soy conejo, pasaré una vida de sobresaltos y de terrores que no la deseo ni al mayor de mis enemigos: justa recompensa á los

arroyos de la sangre inocente que he derramado durante los treinta años de batallas venatorias que cuenta mi hoja de servicios.

Entremos en materia.

D. Prudencio era un conejo que contaba la respetable ancianidad de cuatro celos ó hierbas. El hombre era para Prudencio el animal más feroz de la creación. Le había dado tantos sustos; le perseguía con un encarnizamiento tan salvaje; había interrumpido tantas veces la dulce paz de sus digestiones; que el pobre pasaba los días en el rincón más profundo de su madriguera, saliendo solamente por las noches, después de tomar toda clase de precauciones, á rumiar alguna hierbecilla de las cercanías de su vivar.

Dos meses tenía Prudencio grabados en su memoria: marzo, todo color de rosa; setiembre, todo negro como el fondo de una tumba; porque en el monte en que le había tocado la *desgracia* de nacer se guardaba rigurosamente la veda.

El día 1.º de marzo era para Prudencio el más hermoso del año. Los meses de abril, mayo, junio, julio y agosto, recorría el monte con la alegría retozona de un cabritillo, visitaba á sus amigos, saludaba á los lagartos, y tenía una sonrisa cariñosa para la indolente zumaya, un ratito de conversación para la gruñona marica y muchos suspiros enamorados para las tres hembras de su especie que, libres del plomo mortífero, le habían tocado en suerte para aumentar su progenie.

¡Qué feliz era entonces! ¡Con cuánta delicia rumiaba la amarilla flor del árnica y el azulado penacho del romero! Un tornillo le servía de flotante y olorosa tienda para tomar la siesta, libre de los ardientes rayos del Sol; un chaparro era su palacio de verano. Los dioses del Olimpo eran unos desgraciados comparados con él; porque D. Prudencio, durante los cinco meses de veda, no tenía que hacer otra cosa que comer, dormir, amar y rascarse de vez en cuando las siete docenas de garrapatas que festoneaban sus orejas.

La tibia luz del alba sorprendía á D. Prudencio retozando con sus dulces compañeras sobre el blando césped que bordeaba su vivar: ¡qué saltos! ¡qué zapateados! ¡qué revolcones sobre la removida tierra, tan poéticamente perezosos! Tendido á la bartola, recibía el primer rayo del Sol; y las hembras, puestas de *bolo* en derredor suyo, le prodigaban toda clase de caricias: D.ª Mónica le rascaba la barriga con toda la coquetería de su entrañable amor; D.ª Dominga daba saltos de carnero, agitando el rabillo; D.ª Lázara le lamía el hocico haciéndole cosquillas con los bigotes; y mientras tanto el dichoso D. Prudencio se estiraba... y se esti-



Narración de un cuento venatorio

raba... tomando posturas académicas que volvían locas de amor á las queridas prendas de su corazón.

De estos retozos y estos estirones resultó que, al concluir la veda, D. Prudencio tenía una familia de treinta y cinco individuos entre *varones* y hembras.

Buen padre, esposo amante y bondadoso abuelo, gozábale viendo la inocente alegría de su dilatada prole manifestarse con todo el candor poético de la infancia por la perfumada *ladera* de su vivar. Puesto de *bolo* sobre las *bocas*, contemplaba sus retozones juegos, y era tan feliz, que hasta el hombre, su constante per-

seguidor, le parecía hermoso, porque el hombre durante los venturosos meses de la veda no le molestaba.

Un día D. Prudencio se hallaba *encamado* á la sombra de una espesa maraña. Sintió pasos, y con marcadas muestras de sobresalto hizo girar sus orejas al viento. Los pasos se acercaban, y, por fin, la voz de un hombre resonó como un eco de muerte en el fondo de su corazón.

Eran dos guardas. Avanzaron por la inmediata vereda. El uno llevaba una cachiporra; el otro una carabina. Afortunadamente para D. Prudencio, á los guardas